La reincorporación de Cartagena a la Corona de Castilla en 1503
partiendo de lo que Braudel denominó la Mancha Mediterránea, presentamos aquí, enlazados en un breve período cronológico, el infructuoso asalto francés sobre Cartagena, la batalla naval de Cabo de Gata-Cartagena, el prolongado asedio a Orán y Mazalquivir y su desesperado socorro desde el puerto cartagenero. Todo ello insertado en el contexto de dos conflagraciones de diferente escala e intensidad: la Guerra de los Treinta Años, con su variable hispano-francesa, y la que hemos llamado guerra menor, es decir, el familiar corso berberisco. Una especie de cóctel muy peligroso, que a punto estuvo de estallar de forma sincrónica en el mismo corazón de la monarquía hispánica.
Editorial

Era un deseo común la necesidad de introducir temáticas que aludieran a épocas históricas más remotas. Y con la reincorporación de Cartagena a la Corona de Castilla en 1503 nuestra mirada hacia atrás, hacia aquellos siglos correspondientes a la Edad Media o a la Antigüedad clásica que hasta el momento habían sido objeto de escasa atención. Épocas ambas, tan fascinantes e interesantes como nuestras más recientes en el tiempo edades moderna y contemporánea.

Y lo hacemos además de la mano de nuestro admirado profesor, don Juan Torres Fontes. Catedrático emerito de la Universidad de Murcia y maestro de historiadores, nuestro ilustre escritor ha publicado más de una centena de artículos en las más prestigiosas revistas nacionales e internacionales y ha redactado en solitario o en colaboración numerosos libros de historia. Nadie como él ha contribuido al conocimiento de la historia medieval del reino de Murcia y, posiblemente, ningún otro docente de esa Universidad tenga una legión de discípulos tan numerosa como la suya, entre los cuales me honra estar. Para Cartagena Histórica es, desde luego, un gran honor poder contar con un colaborador de su talla.

La reincorporación de Cartagena a la Corona de Castilla en 1503 es uno más de los muchos estudios que Juan Torres Fontes dedicó al pasado medieval de Cartagena; la época más desconocida de nuestra historia y la que el momento de la conquista cristiana de Cartagena, como su efímero resurgimiento en tiempos de Alfonso X El Sabio, el señorío establecido sobre ella por el infante Juan Manuel o los años de bonanza de finales del siglo XV han sido abordados con gran acierto por el conocido profesor murciano. De alguna manera, hemos elegido este artículo suyo, que fue publicado en 1980 en el "Anuario de Historia del Derecho", para mostrarles el momento exacto en el que Cartagena pone fin al período más oscuro de su historia y se proyecta, tras recuperar su autoridad jurisdiccional, hacia un futuro de gran desarrollo y prosperidad.

Aunque pueda sorprender a algunos, Cartagena —como Cádiz o Gibraltar— fue convertida en señorío durante el breve período de 1464 a 1503, o lo que es lo mismo, fue separada de la autoridad del rey de Castilla y sometida al poder de la familia Fajardo en las posprimerías del siglo XV. Un siglo turbulento, como pocos en la historia de España, y que coadyuvó al reforzamiento de la autoridad nobiliaria y al descrédito del poder real. En este "mar revuelto" algunos poderosos, como los duques de Medina-Sidonia y el futuro marqués de los Vélez, supieron mover sus piezas y aprovechar su posición de fuerza ante una monarquía debilitada por las guerras civiles y que concedía enormes dádivas a aquellos que se decidían a apoyarla frente a sus enemigos. El adelantado del reino de Murcia, Pedro Fajardo, que siempre estuvo al quite, supo granjearse el favor del rey y conseguir para su patrimonio la deseada Cartagena.

Pero esta victoria personal no duró lo suficiente, a pesar de los intentos por perpetuar su titularidad sobre el señorío cartagenero, fundando un mayorazgo para su hija, puesto que la reina Isabela la Católica aguardó paciente a la espera de la menor oportunidad para recuperar nuestra ciudad. Y esta se presentó en 1503, tras la muerte del yerno de Pedro Fajardo, el contador real Juan Chacón, dueño del señorío, que sería hábilmente aprovechada por la soberana para cambiarle a su primogénito, y muy a su disgusto, la imprescindible Cartagena por las villas de Vélez-Blanco, Vélez-Rubio y los lugares de Las Cuevas y Portilla. Una vez conseguido su propósito, los Reyes Católicos tenían a su disposición la mejor base sobre la que iniciar su política exterior en el Mediterráneo.

Sin duda, un gran estudio histórico, con el que estamos seguros se divertirán.
LA REINCORPORACIÓN A LA CORONA

Durante la Baja Edad Media el comercio europeo vivió una de sus etapas doradas. Cartagena, principal puerto mediterráneo de Castilla, fue objeto codiciado de la alta nobleza castellana (miniatura de las Cantigas de Santa María, de Alfonso X)
El puerto de Cartagena en el siglo XV

Después de un abandono de siglos, que bien pudiera cifrarse en un milenio, el puerto de Cartagena comienza a principios del siglo XV a adquirir cada vez más importancia, a ser utilizado, conocido y apetecido. Desde la destrucción de los vándalos en el 425, más la repetición en décadas posteriores del paso «vandálico» de las hordas germánicas, Cartagena quedaba arrasada y su puerto dejó de utilizarse, pues las posteriores ocupaciones de visigodos y bizantinos en los dos siglos siguientes no mejoraron su situación. No hubo la renovación que cabía esperar de la presencia bizantina, ya que el comercio con Bizancio no fue precisamente por el puerto cartagenero y la ocupación del territorio fue estrictamente militar, en escaso número y sin trascendencia naval. Todo fue fugaz, nada trascendente y por tanto nada se consolida. La misma imagen encontramos en los siglos siguientes, pues las menciones que quedan de historiadores, geógrafos y viajeros árabes son también escasas y sin importancia, tanto respecto a la ciudad como a su puerto, del que sólo se elogian sus magníficas condiciones naturales.

En el siglo XIII, por unos años, tras la conquista castellana, el impulso soberano promovió perspectivas extraordinarias para Cartagena y su puerto. El esfuerzo, interés, medios y proyectos de Alfonso X, conocedor de su importancia, deseoso del resurgir de Cartagena y en el aprovechamiento de su excepcional puerto, no tendría el resultado apetecido y esperado. Fracasó el «hecho del Imperio» y con él las relaciones con Pisa y otras ciudades italianas dejaron de tener sentido y la frecuencia que habían alcanzado; no pudo llevarse a efecto la empresa «allend mar», en que Cartagena con Alicante fueron privilegiadas con el monopolio comercial con África, pues el cambio de coyuntura económica obligaría a restricciones de todas clases y al abandono de los ambiciosos proyectos soñados e iniciados por Fernando III y mantenidos por Alfonso X. Tampoco tuvo posibilidad de desarrollarse la Orden de Santa María de España, con sede maestral en Cartagena, creada «pora los fechos de la mar», y que de haberse llevado adelante hubiera proporcionado a Cartagena base para su inmediato engrandecimiento.

Mermado el reino de Murcia por la sentencia de Torrellas de 1304, Cartagena y su puerto, que habían sido adjudicados a Aragón, acabaron por quedar bajo la soberanía de Castilla en el reajuste de Elche de 1305, merced a la ambi-
ción y a las impertinentes, quejosas y apasionadas protestas de don Juan Manuel, dueño también de la población y su puerto en fianza y seguridad de que Fernando IV le entregaría cierta cantidad de maravedíes que le había prometido para compensar sus supuestas pérdidas. Más tarde, también por unos años, estuvo en manos del adelantado Pedro López de Ayala; luego sería ocupada por orden de Alfonso XI. Pero ni el tiempo, las personas y las circunstancias favorecerían el resurgir de Cartagena. Tampoco tuvo trascendencia ni duración, pues todo fue fugaz, cuando la actividad marinera de Pedro I frente a Aragón, utiliza y se sirve del puerto de Cartagena para su conquista de la gobernación aragonesa de Orihuela, como después sería Guardamar, en la preparación de su posterior ataque al puerto de Barcelona.

En los comienzos del siglo XV, cuando afirmada la autoridad de Enrique III el impulso vital castellano se manifiesta de forma arrolladora, aunque confundido en querellas y divididos en facciones que configuran a la busca de mayores privilegios y situaciones políticas y económicas prometedoras, vuelve a ser mencionado el puerto de Cartagena. Antes, territorios, encomiendas, tenencias, rentas, juros y cuanto pudiera significar poder y riqueza son los fines que se buscan, lo que crea una anarquía y conflictiva etapa, que bien pudieron concretar en la primera mitad del reinado de Enrique III. Después todo cambia, aunque la actividad sigue siendo la misma, pero con otra dirección, con resultados positivos y encaminada a fines más prácticos y que, sin discriminación, beneficia a todos. Nuevas formas de vida, construcciones eficaces, ordenaciones adecuadas, se realizan con prontitud, seguridad y acierto; supone la ampliación del comercio, cada vez más intenso y variado; apertura de nuevas rutas y extensión de relaciones, más la paz, porque eficazmente controlados nobleza y concejos, la prosperidad y el progreso tienen inmediata realidad.

Y Cartagena en esta etapa, corta pero brillante y prometedora, proporciona la excelencia de su puerto para la nueva apertura mediterránea de Castilla y la fortaleza de su castillo, pero nada más, porque muy poco repercute este momento auge en la ciudad. Son válidas para toda la centuria del Cuatrocientos las palabras del cronista Alonso de Palencia, que escribe ya adentrado el reinado de Enrique IV, al manifestar que Cartagena era famosa «por su puerto y fuerte castillo, porque todo lo demás está arruinado».

El puerto de Cartagena sería utilizado con mayor intensidad conforme aumenta el tráfico comercial por el Mediterráneo, no sólo el propio castellano, sino el de diversos países ribereños, pues su estratégica posición le hace acoger cada vez mayor número de naves, a lo que añadiría la seguridad que su interior ofrecía como refugio. Pero seguridad en cuanto a la violencia del mar, no a la violencia de los hombres, pues hasta dentro de su puerto penetraban las galeras corsarias en persecución de naves con apetecible cargamento, aunque en otras ocasiones no se aventuraban y los mercaderes logra-
ban salvar sus valiosos productos. 
Abundan las relaciones que mencionan el arribo a su puerto de naves que huian de las galeras catalanas unas veces, provenzales otras y también africanas1. Las hay con signo contrario, pues la actividad de Íñigo López de Mendoza y después de Pedro Niño en el Mediterráneo, así como otros corsarios castellanos2 se documentan en el puerto de Cartagena, puerto de salida y base de partida de sus aventuras y de descanso, custodia o reparto del botín. Independientemente y también desde Cartagena, Pedro Sánchez de Laredo recorre en 1404 las costas granadinas y la ruta catalana hacia África, en ocasiones asociado con Alfonso Yáñez Fajardo, hijo del anterior adelantado y que años más tarde ejercería él mismo esta delegación real en el territorio murciano3. Tampoco faltan los documentos que permiten apreciar la actividad mercantil que se desarrolla en los quince primeros años del siglo XV desde Cartagena. Se trata de la amplitud de funciones que mantiene Pedro de Monsalve, delegado personal de Enrique III y luego de Fernando de Antequera, en Murcia y en Cartagena. Unas veces dirigiendo la construcción de un nuevo alcázar real en la capital; otras en la recaudación de las rentas reales y, más aún, en el intenso tráfico mercantil de exportación e importación, en relaciones comerciales con los puertos de Alicante, Valencia, Mallorca, Barcelona, Génova, Sáona, Venecia, Granada y Berbería4.

Más continuado, aunque menos conocido, es el que por Cartagena, aunque también por El Pinatar y Los Alcázares, tienen los genoveses asentados en Murcia; con amplios almacenes para sus mercaderías y controlando los tintes de la industria textil, bien importando algunos de los productos tintóreos, bien exportando otros, e incluso haciendo acto de presencia en el puerto de Cartagena, oportunamente, con carga de armas, en los momentos que en el reino de Murcia se hacía sentir con mayor violencia la guerra civil5.

A partir de 1424, cuando Alfonso Yáñez Fajardo logra ser nombrado adelantado mayor del reino de Murcia, merced a un oportuno cambio de fácción, afiliándose a la política de don Álvaro de Luna, cambia el panorama murciano. Todo el esfuerzo del nuevo adelantado sería el de tratar de imponer su autoridad y dominio en el reino y en su capital, tal como durante algún tiempo lo hiciera su padre. No sería fácil, pues tendría que combatir y vencer las aspiraciones de distintos familiares, ambiciosos también de alcanzar el poder, y después salvar los obstáculos que le sobrevinieron con los distintos destierros de don Álvaro de Luna frente a los partidarios de los infantes de Aragón. Y modo de afianzar su autoridad y dominio sería aumentar sus posesiones y rentas, pues a Molina Seca, Alhama, Librilla, agregó Mula y después busca obtener la tenencia de algunas fortalezas reales, como las de Cartagena o Monteagudo, modo de extender su poder y zonas de influencia, lo que al mismo tiempo suponía restar posiciones a sus contrarios; lo fue también la firma de confederaciones con otros nobles de menor categoría, deseosos igualmente de participar en los beneficios que podía proporcio- narnos la amistad del condestable Luna o del todopoderoso Adelantado.
Durante la Baja Edad Media existió un consulado catalán en Cartagena, como atestiguan, entre otros, el Llibre del Consolat de Mar, lo que confirma el valor comercial de nuestro puerto.

En estos años las noticias que tenemos de Cartagena son escasas y todas relacionadas con su frecuente necesidad de ayuda militar frente a los corsarios o con el abastecimiento de la población, siempre deficiente y más en años de mala cosecha, que se repiten con excesiva frecuencia; relación de concejo a concejo con Murcia, por lo general amistosa, aunque de vez en cuando surjan discusiones, malentendidos y quejas por el problema que representaba la intromisión en la zona del mar Menor propiedad del concejo murciano, y el transitar y trajines de los trajineros, cuyo trabajo era arriesgado, pero por ello también fáciles de acodomarse a quienes les ofreceran mejores precios por las cargas que transportaban, que a las veces acababan en Orihuela.

Otro nuevo cambio y más espectacular se produce cuando muere Alfonso Yáñez Fajardo en los últimos días del mes de marzo de 1444. Si prevacado había obtenido tiempo antes un albarán de Juan II asegurando a su hijo Pedro su designación como adelantado, la menor edad de éste y la vuelta al reino de Murcia de Alfonso y Diego Fajardo, más el que la guerra civil por esta causa trasladaba su escenario al reino murciano, limitrofe, además, con territorio aragonés, para dirigir su contienda, ocasiona largos y angustiosos años de trastornos, permanente peligro y alteraciones de todos los grados que afecta de forma conflictiva al reino murciano.

Y es entonces cuando Cartagena vuelve a ser noticia. En abril, al hacer memoria de la situación en que se encontraba el reino, los regidores murcianos dejaban testimonio escrito de que Juan II tenía dada al Príncipe su hija la villa de Lorca, e el castillo de Cartagena al almirante, e al conde de Castro a Jumilla, e al dicho Alfonso Yáñez a Mula, Molina y Librilla... Por su parte, encabezando la facción dominante por el momento y al servicio del rey de Navarra y del infante don Enrique, los Fajardo, mosen Diego y Alonso, intentan encauzar a su grado la vida política del reino y restablecen la Hermandad de 1296 entre Murcia, Cartagena y Lorca, programando su propósito de mantener la paz y la independencia de las tres ciudades. Pero fue por poco tiempo, pues vuelto al poder don Álvaro de Luna en el mes de septiembre, el corregidor Alonso Díaz de Montalvo se impone al frente de la ciudad de Murcia. Se dijo entonces que sólo Murcia y Cartagena era cuantó quedaba de realengo en todo el adelantamiento.

No mucho después se difunde y la noticia adquiere cada vez mayor consistencia, de que el conde de Castro, lugarteniente del rey de Navarra, que se encontraba junto a mosen Diego Fajardo en Abanilla, tenía el propósito de apoderarse de la fortaleza de Cartagena, e incluso que había salido en aquella dirección. Fue entonces cuando el corregidor Montalvo decidió asegurar Cartagena al servicio real. El alcaide del castillo, Ferrán Sánchez de la Peraleja, antiguo recaudador de sacas del Obispado, solicitó su ayuda y el que se hiciera cargo del castillo, con guarnición suficiente, porque el temía no poder defenderlo. Una hueste concejal a las órdenes del regidor Juan de Torres, ocupaba y se hacía cargo del castillo de Car-
La otra variable no menos importante de nuestro puerto: su valor militar; tal como lo confirmarían las expediciones a Italia y norte de África (Detalle de la expedición a Orán. Fresco de la catedral de Toledo)

tagena en el mes de junio de 1445. El rey agradecía el 16 de julio la ocupación y defensa de la fortaleza, pero antes de 21 de junio había designado a Pedro Fajardo, nuevo adelantado, como alcalde del castillo de Cartagena, aunque todavía era menor de edad.

La continuidad de la guerra civil impediría la pacificación del territorio y el restablecimiento del orden, sin que por entonces se concretaran las posiciones personales de los principales protagonistas de la contienda murciana, puesto que todos ellos dependían en gran parte de cuanto sucedía en la corte. Si sabemos que hubo un intento en 1446 de ocupar por sorpresa el castillo de Cartagena, pero la guarnición rechazó el ataque, ya que su alcalde era hombre precavido y energico, a veces demasiado energico, pues las quejas contra sus excesos se repiten una y otra vez.

No fue sólo la repercusión de la lucha contra don Álvaro de Luna que mantienen en toda Castilla los infantes de Aragón y la contradan-
za del príncipe don Enrique en medio de ellos, sino que el adelan-tamiento murciano sufre además...

A fines del siglo XIV comienzan a ponerse de relieve el valor de los portulanos y cartas náuticas. En ésta se representan las costas la Península ibérica y Berbería.
una nueva acometida y es la intrusión granadina por todo su territorio, tanto a favor de la fracaso del rey de Navarra como por su propio impulso en su afán de obtener el mayor número posible de ganados y cautivos. Presencia, actividad y peligro que no desaparecen totalmente después de la espléndida victoria murgiana en los Alporches en marzo de 1452, cuando una expedición granadina regresaba a su territorio tras recorrer el campo cartagenero con abundante botín. No hubo unidad ni siquiera ante el peligro común, pues el adelantado Pedro Fajardo, aparte de no participar pese a su compromiso en Los Alporches, en el mismo año provocaba la expulsión violenta del corregidor Diego de Ribera, contrapuesta por el bandoleroismo de su primo Alonso, que ocupaba sus villas y castillos de Alhama y Mula. Los dos últimos años del reinado de Juan II, más que de paz son de suspensión de hostilidades, porque todo queda en suspenso, a la espera de cuanto pueda surgir o producirse con el nuevo monarca.

Los comienzos de Enrique IV fueron prometedores. De inmediato, al mes siguiente de su proclamación, Pedro Fajardo, suspendido en el adelantamiento, era llamado a la Corte para que explicara la expulsión del corregidor Diego de Ribera. Hasta abril de 1455 no fue perdonado por el monarca, pero sí recobró el adelantamiento, en cambio perdió la tenencia del castillo de Cartagena para el que no mucho después era nombrado alcalde Diego de la Cueva. Por otra parte, un nuevo corregidor, Alfonso de Almaraz, había sido nombrado algo antes con órdenes concretas de mantener la justicia real e impedir que se repitieran las asonadas y la contienda entre los Fajardo en la ciudad y su jurisdicción. Al mismo tiempo, el comendador Alonso de Lison era encargado por el rey de mantener la paz en todo el territorio.

No contento con la decisión real y creyendo que podría volver a imponer su poder, el adelantado Pedro Fajardo intentó recuperar por la fuerza el castillo de Cartagena, sin lograrlo. Fracaso que le obligaría a plegarse otra vez al perdón real, que iba a obtener tras sus promesas de fidelidad y de acatamiento a las disposiciones del monarca. Fue entonces cuando cambió de táctica y sustituyó la fuerza por la habilidad, y la confederación de intereses comunes con los hidalgos más destacados del patriciado urbano. Primer paso era el de recuperar sus perdidas villas y quebrantar la fuerza militar y la impetuosidad de su primo Alonso Fajardo. Y obtuvo del rey, en febrero de 1457 otra concesión, tan importante como el perdón que le otorgaba, y era la declaración de guerra total contra el alcalde lorquino. Eterno rebelde, por naturaleza insumiso, Alonso Fajardo no supo comprender la situación en que se encontraba. Y las fuerzas reales que llegaron al reino de Murcia, más la participación de fuerzas señoriales, concejiles y de las encomiendas santiaguistas, le obligaron a capitular y a abandonar el reino.

Durante unos años, la paz, la quietud vuelve al adelantamiento,

Las dos grandes joyas de la Cartagena medieval: su puerto y su castillo (imagen de mediados del siglo XIX)

Las luchas nobiliarias entre los grandes señores castellanos protagonizaron la mayor parte del siglo XV. Cartagena constituiría un trofeo más dentro de esta pugna por el poder
El rey Enrique IV de Castilla. Demasiado bondadoso y apático, fue presa fácil para una nobleza castellana acostumbrada a las intrigas cortesanas. Cedió de por vida a la familia Fajardo el señorío de Cartagena (Biblioteca de Stuttgart, Alemania)

en tanto que la oligarquía nobiliaria se concentra y confedera para su asalto al poder. En 1464 Enrique IV concedía el señorío de Cartagena a don Beltrán de la Cueva, de la que es posible que no llegara a hacerse cargo, pues los acontecimientos que se suceden de inmediato ocasionan la reanudación de la guerra civil.

Por su parte, en una labor paciente pero continuada, el adelantado creaba una red de intereses familiares y políticos, tanto en el concejo de Murcia, como en Orhiuela y reino de Valencia, así como con los principales dirigentes de la oligarquía nobiliaria que le iban a proporcionar, ya sin enemigo potente que pudiera frenarle en su calculado ascenso al poder, el total dominio del reino y una jefatura que no encuentra más oposición que la de los corregidores o asistentes reales.

Tres son los hechos más destacados en esta fase histórica. Es la conjunción de intereses políticos, económicos y familiares que se generalizan en todo el reino y que en lo que respecta a Pedro Fajardo, si bien le subordinan a las directrices políticas del marqués de Villena, en cambio obtiene beneficiosas consecuencias económicas, el reconocimiento de su jefatura política del reino de Murcia y el compromiso matrimonial entre ambas familias como complemento y modo de alianzar los acuerdos. En 1460 el marqués de Villena obtiene el título de conde de Xiquena, villa comprada a Alonso Fajardo, y la concesión de Vélez Blanco y Vélez Rubio, castillos que se hallaban entonces en poder de los granadinos, pero que en el futuro, unidas a Xiquena, significaban el dominio de la zona de paso más práctica y frecuentada desde levante al valle bético.

En tanto se firma capitulación entre don Juan Pacheco y su hijo Diego con el adelantado Fajardo, acordando paz y tregua entre sus respectivos dominios y mantener relaciones de buena amistad. En mayo de 1462 el marqués de Villena recibe otra importante donación regia en territorio murciano, como era la concesión de todas las minas de alumbres existentes en el adelantamiento, de la cual iba a hacer merced de su mitad al adelantado, lo que el monarca confirmaba seguidamente. Merced regia de unas perspectivas económicas realmente extraordinarias.

Estas relaciones político-económicas entre ambos nobles vuelven a ratificarse con carácter decisivo en agosto de 1465. Dos meses antes había sido proclamado rey de Castilla el infante don Alfonso frente a su hermano Enrique IV. La rebelión nobiliaria ridiculizaba así a la Monarquía en su doble vertiente e intentaba gobernar sin limitación alguna. El 8 de agosto Pedro Fajardo ratifica su acuerdo y confederación con el marqués de Villena, en la misma fecha, en reunión de su primo el comendador Pedro Vélez de Guévara, prestaba pleito homenaje de reconocimiento como rey al princippe don Alfonso y en tercer lugar, el mismo día, Pedro Fajardo también prestaba pleito homenaje asegurando cumplir el compromiso matrimonial acordado de su hija primogénita Luisa con Alfonso Téllez Pacheco, hijo del marqués de Villena.

El segundo hecho de trascendencia política iba a ser la expulsión del corregidor Pedro de Castro. Tuvo Pedro Fajardo que recurrir a la fuerza para echarle de
que comprende los últimos años de Enrique III, llega a excesos realmente alarmantes con las mercedes dispensadas por Juan II y Enrique IV. Concesiones no sólo excesivas, sino mal distribuidas, por cuanto ni se compraban lealtades ni aumentaba el número de los que les servían con fidelidad. Dispersión del patrimonio real que se mantiene y aumenta con el príncipe don Alfonso, ya que si nada se le puede imputar personalmente -sujeto paciente de la oligarquía nobiliaria- la documentación que vamos conociendo así permite deducirlo.

La guerra civil inmediata a la muerte de Enrique IV, que divide a la nobleza en dos bandos contra-

la ciudad y obligarle a abandonar la fortaleza, que por orden real tenía bajo su custodia. Ya sin resistencia, el adelantado no sólo se hizo dueño efectivo de los destinos de la capital y nombrar por el concejo como regidor de ella, sino también de las rentas reales, que iba a emplear para facilitar sus decisiones políticas.

No pudo en esta ocasión el comendador Alonso de Lisón, que había recibido de nuevo orden de Enrique IV de mantener pacificado el reino de Murcia, imponerse al adelantado ni luchar contra las fuerzas superiores que se le oponían. Y, ya sin impedimento alguno, Pedro Fajardo pudo lograr otra de sus mayores aspiraciones, como fue la recuperación del castillo de Cartagena. Dice Alonso de Palencia que Fajardo se apoderó «del uno (castillo) contra la opinión general y retuvo en su persona los otros (los derechos de arribada que pagaban los buques) con jurisdicción más extensa». No mucho después la concesión real proporcionaba validez jurídica a una situación de hecho.

El señorío de Cartagena

El acrecentamiento del patrimonio nobiliario desde el reinado de Enrique II, del que no se salva seguirá el paréntesis monárquico

El príncipe Alfonso de Castilla. Se enfrentó, junto a una parte de la nobleza, a su hermano Enrique IV. Murió muy joven, a los 15 años. Otorgó la primera concesión del señorío de Cartagena a Pedro Fajardo en 1464, que luego corroborarían los Reyes Católicos (Estatua orante de la cartuja de Miraflores, Burgos)
puestos, impide a los Reyes Católicos rectificar la política real de concesiones mantenidas por los monarcas anteriores. Se trataba entonces de algo tan fundamental como era ganar la contienda y por ello no pudieron hacer sino confirmar privilegios, aceptar situaciones de hecho y otorgar bollón y cuenta nueva y dar por bueno cuanto se había hecho, incluso la utilización de las rentas reales durante trece años, como había hecho el adelantado Pedro Fajardo, en su particular interés. Era la única forma de mantener la fidelidad de los nobles y de los vasallos que les eran leales, de atraer a los indecisos o de premiar a quienes con decisión y entusiasmo pusieron todo su esfuerzo por el triunfo de su causa. Pero también la de otorgar perdón a los arrepentidos con devolución de lo incautado, y de incorporar a sus filas a los que durante algún tiempo se habían mantenido alejados o proclamado y luchado por doña Juana. Era necesario que la paz fuera para todos y que todos estuvieran al servicio de la Monarquía.

La nobleza por su parte lucha por acrecentar sus bienes, modo de conseguir mayor poder y fija su atención con preferencia en las principales ciudades del reino, hasta entonces de realengo, centros políticos y económicos de la región o comarca por la que extendían su actividad. Camino frecuente para conseguir sus propósitos, cuanto lo apetecido pudiera valorarse como excesivo, tanto por su tradición realenga, poder concejal, importancia económica o militar, era la de obtener la concesión de la tenencia de su fortaleza, con el simple nombramiento de alcalde, modo de crear una situación de hecho, a la espera del momento propicio, cuando la guerra civil o la necesidad real de sus servicios facilitaran la consecución de sus ambiciosas pretensiones.

La oligarquía nobiliaria en el poder y en nombre del príncipe don Alfonso, comenzó de inmediato a otorgar privilegios y mercedes de todas clases en concertado acuerdo entre ellos mismos, aunque naturalmente, bajo la dirección del marqués de Villena, árbitro de la situación y director de este alegre reparto de prebendas, mercedes y rentas.

El adelantado Fajardo había participado en la junta de Burgos y se preocupó de que tuviera carácter legal su ocupación de Cartagena, para integrarla en su patrimonio. Apoderado de ella desde 1464, no tardó en conseguir el señorío. Don Alfonso era proclamado el 5 de junio y a Murcia comenzaron a llegar pronto sus cartas. El 10 de junio notificaba su proclamación y daba poder a Pedro Fajardo para reunir gentes de armas a su servicio y defender su causa. El 25 de julio siguiente cuatro cartas reales al Adelantado definían y reconocian el poder de Fajardo y la necesidad de su apoyo y servicio. Una, era la orden de proclamar su soberanía en el reino de Murcia; dos, sendas concesiones personales, la alcaldía del castillo de Monteagudo y la tenencia del alcazar de Murcia, ambas con sus correspondientes salarios. Y la cuarta suponía la consecución de sus ambiciosas pretensiones de veinte años de constante lucha, cual era el señorío de la ciudad de Cartagena.

Se culminaba así un largo proceso, que si en principio sólo había supuesto un valor en pers-
pectiva y el deseo de extender sus dominios, ahora, en 1465, era una realidad mercantil que la producción de alumbre de Mazarrón la convertían en puerto y plaza de extraordinaria importancia, cada vez más apetecida y al mismo tiempo más difícil de conseguir.

El privilegio alfonsí conlleva el doble concepto de premiar servicios y de estimular su continuidad, tan necesarios cuando se iniciaba la rebelión. La merced mantiene la forma tradicional de estos privilegios de concesión de señoríos, en que entraba la ciudad, castillo, aldeas, término, jurisdicción, rentas y cuanto pudiera pertenecerle. Se precisan también las reservas reales acostumbradas: alcabalas, terceras, pedido y monedas, soberanía de la justicia, minas y cuanto no se pudiera apartar del señorío real. En el documento no se realiza la importancia de su puerto, y si se incluye es porque en la donación entraban las aventuras del puerto, lo que sólo tiene un alcance económico, si bien tampoco cabía esperar otra mención, puesto que la entrada y salida del puerto no estaba impedida o vedada. Otra cosa era el desembarco de mercaderías o la carga para la exportación, que cada vez producían mayores estipendios, de aquí el que se mencione conjuntamente con las rentas, pechos y derechos que pertenecían al señorío.

Tampoco hay limitación en cuanto a la propiedad, puesto que Pedro Fajardo quedaba autorizado a poder transmitir el señorío por vía de herencia, pero también para vender, emprender, o cambiar, dar y trocar. Supone, pues, el señorío pleno, con los dos elementos fundamentales que señala Moxó: el jurisdiccional, que lleva consigo la facultad de juzgar, la potestad sobre los moradores y derechos tributarios, y por otra parte el solariego, el dominio efectivo sobre la tierra.

Con los mismos propósitos, pero con mayor relevancia y alcance, parece que Pedro Fajardo recibió otro privilegio de merced del señorío de Cartagena, con título de conde, otorgado por Enrique IV meses más tarde del privilegio alfonsí. No resulta insólito este paralelismo y el que ambas concesiones incidan en ofrecer la ciudad de Cartagena, puesto que era bien conocida la pretensión del adelantado de recuperar esta plaza, al menos su alcaldía. Tampoco resulta extraño en lo que se refiere al tiempo, ya que ambas facciones deseaban contar con su fuerza militar y prestigio en estos meses, y más aún cuando suponía su dominio sobre la totalidad del territorio murciano. Y también es explicable que el ofrecimiento de Enrique IV, al tratarse de la misma ciudad de Cartagena y meses después de la carta de su hermano, le superara en honores al añadir el título condal con el señorío de la ciudad y su castillo.

Es Cascales quien proporciona la primera y más amplia relación de este privilegio enriqueño y aunque no concreta la fecha exacta, sí dice que fue en 1466: el Rey Don Enrique Quarto hizo merced de la Ciudad de Cartagena, con título de Conde de ella, al Adelantado Pedro Faxardo, con su Castillo, Fortaleza y Puerto de Mar y con todas sus Aldeas y Lugares y con toda su tierra y término, distrito, territorio y con la justicia y jurisdicción alta y baja. Civil y Criminal y mero mixto Imperio de ella y de su tierra, y con todas las rentas, pechos y derechos y martínigas, yantares, escrivianías, portazgos y otras cosas del Señorío de la dicha Ciudad de Cartagena y Lugares de su tierra, para sí y para sus herederos y sucesores, dada año de mil y quatrocientos sesenta y seis.

El conocimiento que Cascales tiene de los Fajardo y más aún de la historia murciana, así como su proximidad cronológica a estos años, más los detalles que señala del privilegio, que no coincide...
con los que se exponen en la carta de concesión de don Alfonso, ni tampoco exactamente con la posterior de los Reyes Católicos, que Cascales creía que era confirmación, prueban su existencia y originalidad. Por su parte, con detalles y anotaciones distintas, otro probado historiador como es Salazar y Castro, comenta también esta concesión del condado de Cartagena a don Pedro Fajardo. Pero como conocía la actitud política del Adelantado, deduce que Pedro Fajardo «debió de volver a la gracia del rey Don Enrique por corto tiempo», ya que por cédula refrendada por su secretario Fernando de Badajoz le hizo merced de Cartagena con título de conde para siempre jamás, como parece por otra Cédula de la Reyna doña Juana su mujer, fechada en Segovia el 24 de junio de 1466.23

La suposición de Salazar y Castro de que Fajardo debió volver a la obediencia de Enrique IV, para explicar esta duplicada concesión de Cartagena, quizá pueda justificarse parcialmente en otros hechos, un tanto confusos y por ello explicables. Es uno el que don Juan Pacheco, siguiendo sus hábiles «maneras», con propósito de gobernar a todos, se interpuso entre ambas facciones y lograra que las dos partes aceptaran y convinieran una tregua de cinco meses, que acababa el 1 de marzo de 1466. Pudo ser entonces cuando se produjo el intento enriqueño de atraer a su servicio al adelantado Pedro Fajardo. Y es otro, el que éste, que recibe desde 10 de junio distintas órdenes del príncipe don Alfonso de proclamar su soberanía y el que se le reconoció como rey en Murcia, así como todos los privilegios y mercedes que le otorga en el mes de julio y otros posteriores, lo mismo que a la ciudad y a sus vecinos atendiendo sus peticiones, y que le había jurado pleito homenaje el 8 de agosto de 1465, fuera demostrando este reconocimiento oficial hasta el día 1 de febrero de 1466. Esto es, cuando se había puesto de manifiesto la inutilidad de la tregua y el que pudiera encontrarse medio de acabar con la contienda. Fue entonces cuando, ya definitivamente alejado del servicio de Enrique IV, se conformó con el título y posesión del señorío de Cartagena y prestó todo su apoyo a la facción de don Alfonso.

Y hay un tercer hecho que tener en cuenta. Es el que cuando el 15 de abril de 1477 los Reyes Católicos premian la lealtad y el esfuerzo de don Pedro Fajardo, no sólo el reconocimiento de su soberanía en todo el reino de Murcia, sino el que con potente hueste llevara a cabo la ocupación del rebelde marquesado de Villena, le otorgan el señorío de Cartagena, en el privilegio no se hace mención alguna de las mercedes del príncipe don Alfonso ni la de Enrique IV.

La causa pudo ser que la reina Isabel, reconocida princesa de Asturias en la contratación de Guisando, aunque después fuera desheredada por Enrique IV por no cumplir las cláusulas de lo tratado, se consideró en todo momento legítima heredera del trono de su hermano Enrique, pero no podía ni quiso nunca tachar de subversivo o ilegal los actos y disposiciones de su hermano Alfonso.
en los tres años en que, con su nombre, la oligarquía nobiliaria goberna gran parte del reino castellano; tampoco cabía reconocer la concesión de Enrique IV, efectuada precisamente en el mismo trienio y que, además, el adelantado Pedro Fajardo no había aceptado. La solución fue la de ignorar los privilegios concesionarios anteriores y otorgar uno nuevo, como si fuera por vez primera.

El privilegio otorgado por los Reyes Católicos es completo, mucho más amplio que los anteriores, pues la chancillería regía no sólo mejoras formas y conceptos, sino que aumenta fórmulas: Por cuanto al estado de la excelencia de la magestad real perpetua, principalmente perteneció honrar y sublimar y fazer gracias y mercedes a sus súbditos y naturales, especialmente a aquellos que bien y lealmente los sirven... donación pura y perpetua y non revocable que es dicha entre vivos por juro de heredad para siempre jamás... la ciudad de Cartagena con su castillo y fortaleza, con su puerto de mar y con todas sus aldeas... jurisdicición... pechos y derechos... para vender y enpeñar... quedando para nos... la mayoría y soberanía de justicia y alcavallas... y vos seguramos y prometemos por vos y por los reyes que después de nos en estos reinos subcedieren que esta merced... vos será firme y valedera agora y de aquí adelante inviolablemente para siempre jamás y que vos la non revocaremos ni revocarán agora ni en algun tiempo e que en ello non ovo nin intervino dolo nin engaño nin que fue nin es fecha en daño y lison de nuestros reinos y de nuestro patrimonio y corona real y si se dijere, queremos que non vala nin aya efecto... Otras muchas cláusulas inciden en el mismo sentido, el que de su certa ciencia, propio motu y poderio real absoluto, los Reyes derogaban todas las leyes anteriores que pudieran motivar la nulidad de esta concesión.

La revocación del señorío

La terminación de la guerra de Granada supone en la política de los Reyes Católicos un cambio profundo, no sólo por cuanto pudiera representar el fin de una lucha multiesecular, sino por lo que de inmediato se ofrece como el comienzo de una nueva fase que, con apreciable rapidez, surge con perspectivas muy amplias y muy diferentes a las del mundo medieval que queda atrás. Al iniciarse el siglo XVI todo comienza a ser nuevo; por un lado es una panorámica distinta, activa, moderna y brillante; por otra, gente joven que sustituye a los anteriores protagonistas, a quienes habían sido personalidades destacadas en el reinado de Enrique IV y habían participado después en la guerra civil y en la de Granada; nobleza con cuya colaboración habían contado y necesitado y que, también habían sido testigos de todas sus actividades políticas y a los que debían agradecimiento, promesas incumplidas y atenciones por sus extraordinarios servicios. La desaparición de estas figuras señeras facilitaban amplitud de posibilidades para el profundo reajuste que querían y deseaban hacer, pues la
Isabel la Católica, posiblemente la reina más importante de la historia de España. Convenci da del enorme valor del puerto de Cartagena, esperó a la primera oportunidad para arrebatarlo a los Fajardo, reincorporándolo a la Corona de Castilla

experiencia, con la madurez conseguida tras vicisitudes muy variadas y complejas, que habían logrado salvar y vencer en la línea principal, como era, por encima de todo la Monarquía y su concepto del poder real, también les obligó a concesiones y a atemperarse a las circunstancias internas y externas de cada momento. Sabía medida de política regía sería la espera, preparadas las decisiones para el momento oportuno.

Si una decisión política de carácter general no podría ser discutida, ya que afectaba a todos -si bien a unos más que a otros- las que tenían un carácter personal y trascendente debían efectuarse buscando formas, maneras y situaciones que no ocasionaran la ruptura ni produjeran daños irreparables o extremados que pudieran escandalizar a unos y ocasionar sospecha y recelo en los demás. Por el momento hubo que transigir y después ir incorporando a la nobleza al papel preponderante que debían representar en torno a la Monarquía, como su base y sostén más firme, conforme al concepto estatal que fueron modelando en el transcurso del tiempo.

Tres ciudades, a cual más importante, habían sido enajenadas de la Corona castellana por debilidad real, tanto de Enrique IV como de su hermano Alfonso e incluso confirmadas por los Reyes Católicos, imposibilitados de adoptar decisiones en contrario, que probablemente hubieran sido precipitadas o contraproducentes en los primeros años de su reinado. Por otra parte, tanto Cádiz como Gibraltar y Cartagena no tenían entonces la importancia y relieve que muy pronto iban a alcanzar, esto es, al terminar la guerra de Granada, pues es entonces cuando su situación geográfica y posibilidades se ponen de relieve.

Gibraltar representaba el dominio y seguridad del Estrecho, aunque ya sin la trascendencia militar de los siglos XIII y XIV, ni tampoco en el aspecto económico, superada por Sevilla y Cádiz. Gibraltar era historia y también simbolo, y de aquí que desde 1462, tanto Enrique IV, como el príncipe don Alfonso y luego los Reyes Católicos la incluyan en las intitulaciones de sus cartas junto a los demás reinos que integraban su corona; incluso la mención testamentaria de Isabel la Católica tiene este mismo sentido y por cuanto representaba su ideario africano.

A su vez Cádiz comenzaba a adquirir entonces importancia económica por la apertura atlántica y africana que se producen en estos años cercanos a 1492 y que se incrementa con perspectivas trascendentales, aunque todavía no cuenta la proyección americana. Cartagena, por su parte, señale la dirección mediterránea de Castilla con amplio compás, si bien preferentemente hacia Nápoles y Orán. Reintegrar estas tres plazas a la Corona castellana fue proyecto irrealizable durante bastantes años y los Reyes Católicos, aunque lo tuvieron siempre presente, lo dejaron en suspenso a la espera de circunstancias favorables dada la personalidad de sus tres poseedores.

La primera oportunidad es Cádiz. Dos grandes antagonistas, los nobles más poderosos que casi por igual se repartieron el poder en la región sevillana durante muchos años, mueren con diferencia de días en el mes de agosto de 1492. Aprovechando la menor edad del nieto y heredero de don Rodrigo Ponce de León; y las dificultades jurídico-familiares que por la herencia agobiaban a su viuda doña Beatriz Pacheco, los Reyes ordenaron al bachiller De la Torre que se apoderara de Cádiz.
Y éste, por sorpresa, se hizo cargo de la ciudad. Tiempo después hubo las correspondientes compensaciones: honoríficas en cuanto al cambio del título de Cádiz por el ducado de Arcos y marquesado de Zahara, y económicas, pues las almadraboras de Cádiz pasaron a Rota, así como confirmaciones y atenciones a los problemas que afectaban a doña Beatriz Pacheco. Todo resuelto, de inmediato, en 1493, Cádiz, ya de la Corona, asume el monopolio del comercio africano.

No se pudo hacer lo mismo con Gibraltar, al contrario, el nuevo duque de Medina Sidonia recibió seguridades de la continuidad en la posesión de Gibraltar por diez años. Hubo después conversaciones y ofrecimientos de su cambio por otra plaza del interior, como Utrera, pero no fueron aceptadas. Poco antes de que se cumpliera el plazo de los diez años, la disposición real fue ya terminante. Comunicaron al duque de Medina Sidonia su decisión, y el comendador García de la Vega, designado alcalde de Gibraltar por carta de Isabel de 22 de diciembre de 1501, tomaba posesión de su fortaleza el 2 de enero siguiente.

El proceso de incorporación de Cartagena a la Corona de Castilla se efectúa por vía paralela a las de Cádiz y Gibraltar, aunque en doble fase e intermedia en cuanto a la forma de una y otra. Parece como si la experiencia adquirida en estos dos casos hubiera sido para Cartagena. Al duque de Medina Sidonia le fue confirmado el señorío de Gibraltar por los Reyes Católicos, otorgándole, además, el título de marqués de Gibraltar en 1478. A don Pedro Fajardo Quesada sí no se le confirmó la posesión anterior, ni los privilegios de Enrique IV y príncipe don Alfonso, en cambio se le hace merced del señorío de Cartagena como nueva concesión en 1477. Cuando en 1482 muere Fajardo y su yerno Juan Chacón, le sucede en el adelantamiento, su hija Luisa Fajardo, hereda, como primogénita y conforme lo acordado en la capitulación matrimonial, autorizada por los Reyes Católicos también en 1477, todo el patrimonio paterno, en que entraba el señorío de Cartagena.

Un nuevo reconocimiento de este señorío se plantea poco después. Muerta dona Luisa Fajardo, su viudo don Juan Chacón, ante la duda surgida si la concesión hecha a don Pedro Fajardo, en el ánimo de los Reyes estaba que el señorío de Cartagena lo heredara su primogénita y no otra hija, solicitó de los monarcas declaratoria de su intención y voluntad, pues, por lo que se deduce, la posesión de Cartagena era objeto de disputa familiar. El 2 de marzo de 1485 los Reyes declaraban que su intención había sido que después del adelantado Fajardo, lo heredara su hija primogénita y sus sucesores, y no otra persona alguna.

Don Juan Chacón, adelantado mayor del reino de Murcia por su matrimonio, no era el hombre apropiado a las circunstancias y al tiempo para el desempeño de su
oficio, más aun cuando lo que le atrayó era la Corte, en la que dio buena prueba de sus excelentes servicios como contador mayor y consejero real y, por otra parte, los Reyes habían dispuesto que a los dos meses de su matrimonio se estableciera en la Corte y por ello tuvo, si no buscó, suficiente justificación para no acudir al reino de Murcia nada más que en los momentos más precisos, sobre todo cuando los Reyes se establecieron en Murcia en 1488, preparando su ofensiva por la frontera oriental del reino granadino; a lo que se añade que su segundo matrimonio indirectamente también le alejaba de las tierras donde se mantenía el patrimonio de su primera esposa.

En el real de Baza, el 30 de noviembre de 1489, los Reyes concedieron facultad a don Juan Chacón para establecer mayorazgos, lo que iba a hacer poco más tarde, en Sevilla, el 6 de abril de 1491, en que otorga el mayorazgo de su hijo primogénito Pedro Fajardo, en el que entran Mula, Librilla, Alhama, La Puebla y el señorío de Cartagena. Este es el motivo de que pese a su menor edad, Pedro Mártil de Anglería en sus epístolas denomine a su discípulo señor de Cartagena y especial afecto le demuestra cuando contestando a una carta de don Pedro, en que le contaba su estancia en Murcia junto a su «recién desposada» y el respeto y afecto que allí le mostraban recordando a su abuelo materno y homónimo, le decía sabemos que en ti sólo han depositado las esperanzas de ver resultadas las virtudes de tu abuelo, que los honraban, protegían y enaltecían. Hasta 1503 no se promueve cuestión alguna que afecte a Murcia o al señorío de Fajardo, sino el mayor auge y actividad de su puerto, pues la política italiana de los Reyes Católicos tiene como base militar en Cartagena, lo que pone de relieve su alto valor político y ello lleva consigo el que la reina Isabel decidía llevar a efecto su propósito de reincorporar Cartagena a su corona. No era posible hacerlo de inmediato con un fiel servidor como Chacón, que vive en la Corte y desde su segundo matrimonio se mantiene alejado de su adelantamiento, que al crear el mayorazgo de su hijo, con cláusulas muy firmes, nada podía hacer, ni tampoco con Fajardo, pues no había tomado posesión de cuanto le pertenecía.

Todo se mantiene igual hasta el día 5 de julio, en que muere don Juan Chacón. Entonces todo se precipita. Dieciocho días después Fajardo recibe su nombramiento de adelantado de Murcia, en sustitución de su padre. De igual fecha es una carta de doña Isabel en que dice que atendiendo una petición de don Pedro Fajardo, le autorizaba a trocar y cambiar su señorío de Cartagena, que era de su mayorazgo, por otras villas, lugares y rentas «que por ella vos dan», porque la consideraba útil y provechoso para su mayorazgo, siendo para ello necesario autorización especial. Doña Isabel declaraba que informada por su Consejo y en agradecimiento a sus servicios de su padre, accedía a la solicitud y le concedía facultad para hacerla. Se dice en la carta por qué resultaba provechoso para el mayorazgo ni tampoco de qué villas se trataba, ni los motivos por los que el Consejo omitió su informe favorable.

Se explica de inmediato en un privilegio real fechado dos días después, en que se especifica el trueque del señorío de Cartagena por los dos Vélez, Portilla, Las Cuevas y 300.000 maravedís de juro en las villas o lugares que eligiera don Pedro Fajardo, salvo en Segovia, Ávila, Medina del Campo y Aranda. De igual fecha es el privilegio efectivo, en que se incluyen las concesiones del señorío a don Pedro Fajardo Quesada de 15 de abril de 1477 y su confirmación tres días después. El documento es largo, prolijo y reiterativo, y de sus cláusulas principales cabe destacar la afirmación real de que Cartagena no pudo concederse porque era del patrimonio de la corona real a estos más reyes e señoríos e no se pudo enajenar dada ni nos podíamos hacer la dicha mencionada ni aquella válida de derecho. Por ello anula la concesión y reincorporo
En la política naval de los Reyes Católicos, así como en la de sus sucesores, el puerto de Cartagena era una pieza clave en el dominio del Mediterráneo occidental (detalle de la expedición a Orán de 1509, organizada desde Cartagena)

en el patrimonio de la dicha corona real destos mis reynos para que de aquí adelante la dicha corona real la tenga e posea con todo lo que le pertenezce. A continuación enumera la compensación o cambio concedido a Fajardo: Vélez Blanco, Vélez Rubio, Las Cuevas, Portilla y 300.000 maravedís de juro situados en las alcabahas y tercias de Lorca y Murcia.

Aparentemente todo se desarrolla de común acuerdo, sin quejas ni protestas. ¿Fue todo así? Es bien perceptible la precipitación con que se redactan estos documentos y, sin duda, la poca confianza que inspirán las fechas en que se datan. En el primero se faculta a Fajardo para cambiar su señorío de Cartagena por unas villas inominadas y que se le ofrecen —sin que se indique quién hace la oferta—, porque el Consejo real lo consideraba beneficioso. Los dos siguientes son de igual fecha, con el mismo propósito y alcance, pero no en cuanto al contenido, pues en la última, el privilegio definitivo, las fórmulas jurídicas y razones que se exponen, más las consideraciones que se hacen son mucho más profundas y meditadas, e incluso se indica minuciosamente a veces cantidades de cinco mil maravedís como se reparten en las alcabahas y tercias de Murcia y Lorca los trescientos mil maravedís de juro anuales con que se completaba el cambio.

Precipitación y confusión en la redacción de estos documentos que se evidencia y completa por otras noticias de distinta procedencia. Una es la carta real, fechada el 4 de julio, esto es, un día antes del fallecimiento de don Juan Chacón, por la que la reina Isabel daba poder al comendador Nicolás de Guevara para ocupar la ciudad de Cartagena en su nombre. Lo que responde a la decisión de la reina de llevar a cabo su ocupación por sorpresa y sin impedimento, pues don Pedro Fajardo tuvo que acudir a Alcalá al entierro de su padre, y ninguno otro se hubiera atrevido entonces a impedir que se cumpliera la disposición real. Se crea así una
situación de hecho, que pasará a ser de derecho antes de que finalice el mismo mes de julio, en que con el propio Fajardo se discutieron las compensaciones que se le podrían dar. Era cuestión posterior buscar formas y fórmulas adecuadas para que todo se reflejara públicamente como cambio efectuado por mutua conveniencia.

Pero hay algo más y en el modo, de proceder viene a ser semejante a lo empleado en Cádiz. En carta escrita probablemente a fines de 1505 a su procurador en la Chancillería de Granada, don Pedro Fajardo relata algunos aspectos de este forzoso cambio del señorío de Cartagena impuesto por la reina Isabel. El primer dato de interés es el que se refiere a que muerto su padre en Alcalá de Henares estando allí la Corte de la reina Isabel, ausente don Fernando en Barcelona y él en su villa murciana de Molina, la reina, cuando supo que había muerto mi padre, luego, en el mismo instante, tomó a Ojer de Velastegui, camarero de mi padre, todas sus escrituras que como camarero guardaba en las arcas de las tenías. Y comenta que había sido la forma, de que no teniendo él los documentos e ignorando las cláusulas de su mayorazgo, no tuviera base para discutir con la reina. El embargo de los documentos fue total, puesto que Fajardo se quejaba de que se habían llevado todos, incluso los pertenecientes a sus hermanos y su madrasta Inés Manrique. Comenta también la carta de 22 de julio en que le facultaba a cambiar el señorío de Cartagena, pese a las cláusulas, que hasta mucho más tarde no conocía, de su mayorazgo, así como el privilegio definitivo de 24 de julio, con las villas que se le compensaba y los 300.000 maravedís de juro, aunque no se me dieron luego.

Documento que aclara el proceso y que explica la serie de cartas reales que se suceden en el mes de julio. Lo es, por una parte, la voluntad de la reina de reincorporar Cartagena a la corona real, con justificación y argumentos bien concebidos y comprensible. Era el interés general del reino sobreponiéndose a cualquier promesa, cláusulas jurídicas y seguridades de todas clases que ella misma hubiera dado y confirmado, lo que apoyado por el fortalecimiento del poder real no admitía impedimento alguno. Si pudiera parecer discutible el método, la forma en que se lleva a efecto, también en este caso razones tenía la reina para efectuarlo de esta manera, pues conocía bien a don Pedro Fajardo, que se había

Testamento de Isabel la Católica. La reina moría con los deberes bien hechos y sabiéndose triunfadora sobre las viejas aspiraciones nobiliarias (cuadro de Eduardo Rosales. Casón del Buen Retiro, Madrid)

El famoso castillo de La Mota (Medina del Campo), lugar en el que falleció la reina Isabel la Católica
criado en su corte, y su juvenil carácter, impetuoso y un tanto irreflexivo, como dejó inmediata constancia en la prisión del deán Selva en Murcia, unos meses más tarde, lo que le supuso la suspensión del adelantamiento, prisión y destierro, que el 20 de diciembre de 1504, recién muerta doña Isabel, le fue alzado por Fernando el Católico en nombre de doña Juana, aunque en su carta Fajardo dice que antes que la reyna Católica muriese me algo el resto y prisión, y después de estar yo en Medina, murió a XXVI de noviembre y llevó su cuerpo a esa cibdad a enterrar...

NOTAS


6. TORRES FONTES, Alonso Díaz de Montalvo, corregidor de Murcia, 1444-45, Murcia, 1964, págs. 31-78.

7. En carta de 18-6-46 del concejo de Lorca al de Murcia, se decía que allí había llegado don Juan de Castro, alcalde de Castilla para hablar de los hechos en servicio del rey. Tres días después, Murcia contestaba diciendo que estando hablando con su mensajero, llegaron cartas del rey en que se decía cómo había averiado de dicho castillo al adelantado Pedro Fajardo.

8. El rey agradecía el «trabajo que pusiste en el tomar el mío castillo de Cartagena». Si en Murcia se sabía el 21 de junio la designación, podemos deducir que su nombramiento había sido bastante antes.


10. Don Pedro Fajardo, apéndice, en Etcia, 29 IV 55.

11. Alfonso Riquelme, regidor de Murcia y alcalde de Cartagena por Fajardo, fue destituído y obligado a entregar la fortaleza (Don Pedro Fajardo, 68).


14. RODRIGUEZ VILLA, Don Beltrán de la Cueva, Madrid, 1881, pág. 159.

15. LEON TELLO, P., Inventario del archivo del duque de Frías, 11, 11-2.

16. Id. doc. 311. 1461-6-7 y 1461-7-5.


18. LEON TELLO, Inventario, doc. 317.

19. Id. doc. 382.

20. Id. doc. 382.


23. SALAZAR Y CASTRO, Historia de la casa de Lara. II, 323.


27. CASCALES, Discursos, pág. 288.


30. Fecha que señala Salazar y Castro y que aceptan los historiadores posteriores: Bosque, Marañón, Tapia, etc. pero en carta de Pedro Martí, fechada en Alcalá de Henares el 10-3-1503, indica que Chacón y Gutierrez de Cárdenas «han fallecido aquí, en el corte espacio de unos días» (II, 255). En la misma carta añade que doña Juana había tenido un hijo en los momentos en que escribía, lo que efectivamente corresponde a la fecha del nacimiento del hijo de Fernando, el futuro emperador de Alemania. Luego es cuestión que habrá que revisar.


36. Apéndice. Si Chacón fallece, como señala Pedro Martín, en el mes de marzo, la reina, con todas las escrituras de Pedro Fajardo en su poder, pudo discutir e imponer su voluntad en el trueque de Cartagena, con tiempo y valorando la compensación y al mismo tiempo atendiendo la aspiración de Fajardo de aumentar su patrimonio cerca de las que ya poseía: Oria, donación real a su padre en 1492; éste mismo había adquirido al duque de Nájera en 1499 a Albox, Alboxera, Albachar y Benitagl, y él, por su parte, en 1501 compró al duque de Infantado a Cantoría y Cantalia. Y, si fue en esta fecha, el que la concepción del adelantado a D. Pedro Fajardo se retrase a 22 de julio, fue sin duda modo también de apropiar a Fajardo a aceptar las condiciones que imponía la reina. Si la muerte de Chacón es el 5 de julio, como indican cuantos han historiado este periodo, entonces, como exponemos más arriba, todo fue muy precipitado.
1505. Don Pedro Fajardo, adelantado del reino de Murcia a su procurador en Granada. Dándole instrucciones para su pleito con el obispo de Almería y noticias de su cambio del señorío de Cartagena por orden de la reina Isabel (extracto)

(Archivo Duquesa de Medinaceli)

...Digo a Ribera y a Melchor de Leon que agora entraron los franceses a cercar a Salsas y yo me parti de Segovia casi por la posta con licencia de la reina a servir al rey en aquella guerra; y acabada volví a Perpiñán hasta el reyno de Murcia, el cual falle revuelto porque don Juan Daça, obispo de Cartagena, avía prendido a don Juan de Rocafull, que era mi amigo, y en mi absencia mis alcaides y vasallos y criados le valieron fasta sacarse de Las Alguacías, y por ello don Juan Daça tenía descomulgado a todos los susodichos, y no queriéndolos absolvir ni levantar las censuras por mandado del oficial y vicario general de Valencia para que prendiese, después de ydo don Juan Daça a la corte que estaba en Medina del Campo, al dean con Martín de Selva, quien era su proutor e vicario general, y assy por su rebeldía lo presionó y llevó a Orihuela, y porque para ello le di favor e ayu- da con mi persona y criados y casa, los señores del consejo me llevaron preso a las Cinco Leguas, y antes que la reyna Católica muriése me alzó el resalt y prisión, y después de estar yo en Medina, murió a XXVI de noviembre y llevé su cuerpo a esa cibdad a enterrar, y tomé a boluer por Navi- dad a Toro, donde el rey Católico estava para tener Cortes, y allí estuve fasta mediada Quaresma, que me partió y vine a Murcia, donde pienso entre Pascua y Pascua comenzar a tomar por auto la posesyon de las cosas que están en mi mayorado, y comence por mis casas de Murcia, que personalmente yo tome la posesyon delas y de todas las otras casas, villas y fortalezas y alumbres, y las fue tocando Maças Riquelme con especial poder mi mano para ello, y enton- ces, dos o tres dias antes que comenzase a tomar las dichas posesyones; fize el juramento pleito omenaje conforme a las cláusulas de mi mayorado que os envío, que antes por andar en personas que aquel día, que acabo de dicho no fuera posible; y beys aquí como no quebrantar juramento mi pleito omenaje en el trueque de Cartagena, y pudiera averlo quebrantar y quebrantarlo agora sy permitiese que se pablace gente, en mi término que a mi no me dió reuerencia y la diése al obispo y cabildo de Almería; quando comence a poblar a Velez dando franca de alcauzala y otras muchas cosas por poblalla, por la franca que di por mi voluntad y vida, no disminuí nada del mayorado, porque aquellos heran frutos mil y podría dallas; os enbió trocar yo a Cartagena con la reyna Católica e syn quebrantar el juramento y pleito omenaje, y a prima faqce parecería la objecion de harto miste- rio, mas averiguados los calendarios de las escrituras, no es nada, para cuya declaración debo saber que adelanta- do, mi señor, mi padre, que esta en gloria, murió en Alcalá de Henares estando allí la Corte de la reyna Católica, que el rey en Barcelona estava, y yo estava entonces acá en mi villa de Molina; muerto mi padre, luego en el mismo ystante la reyna tomó a Ojar de Velastegui,1 camareiro de mi padre, todas sus escrituras que como camareiro guardaba en las arcas de las tenia, y a lo que yo creo y sospecho fizo esto porque yo no supise viendo y tomando mi mayorado de poder de Velastegui, la estrechura de las cláusulas del que os envío. Y asy lo fizo, que de las escrituras que el adelantado mi señor, mi padre, tenia, que demás de mi avía otras muchas que pertenecían a mi señora duña Ynes, su muger, y a mis hermanos y hermanas, asy a los casados como a los mochachos, todas las tuvo en las dichas arcas, que ninguna consyntio dar a nadie. Y quando ya tuvo consmigo concer- tado en el tanto mas cuanto de palabra el trueque de Car- tagena, enbieme con su secretario Gaspar de Griego una provisyon patente muy solenne en que dize que me da facultad que pueda trocar mi cibdad de Cartagena aunque este ynuclasa en mi mayorado y tenga el dicho mayorado muchas fuerzas y firmezas para no poderse trocar, que para este caso derogaba las dichas fuerzas, y porque podrianos bien decir que coxqueava el contrato nuestro aviando yo av an aprehendido por escrituras y abitos la posesyon del dicho mayorado y no teniendo esta tomada, y sabiendo ella como quien tenia el dicho mayorado que no podia yo tomar posesyon sy no preçedian primero las solenidades y pleito omenaje que he dicho, y que, no teniendo yo posesyon aprehendida, mal podría tomar con ella concierto ni apresto en el trueque de Cartagena, para suplir este tal defeto, en la proutron patente me diz que mete todas las velas de propio motu y cierta ciencia y poderio real absolu- to.

Ytem, para suplir qualesquier defetos que en el dicho trueque podiese aver, yo syn ver mas de esta patente, digo syn ver mi mayorado ni cosa del que le paresció, concluí la negociacion con la reyna y le entregue a Cartagena y ella me entregó estas cuatro villas y me mando dar preluregio de las trezientas mill de juro, aunque no se me dieron nue- go. Pasado esto luego en el mes de setiembre, estando yo en Segovia con la reyna en su corte, porque avn agora con trabajo se hallaron muchos testigos que puedan deOir de algund tiempo antes que el rey de Granada la perdiese, y no es poco buena prueba para esto la ejección desta regia general que hago en mi respuesta, donde digo que ningund pueblo es señor del termino en que esta situado, salvo Huéscar, que la posee por merged de la reyna doña Juana, nuestra señora, y del Católico rey su padre como su gober- nador en estos reynos, que por esta ejección se prueba bien claro que ninguna otra cibdad ni villa ni lugar del rey- no de Granada tiene términos suyos propios syno Huéscar, y si alguna lo diexe quedara a lo menos obligada...

1. Sic por Juan de Verástegui (Marañón, pág. 52)
¿Sabías que...?

El monumento a la batalla del Albujuón (1706)

Desde Cartagena Histórica felicitamos a los vecinos del Albujuón por el acierto de recuperar un importante hecho de su historia local y a la vez de la historia de España.

En el nº 2 de nuestra revista, de enero de 2003, tuvimos la satisfacción de contestar a una carta de uno de nuestros lectores, Silvestre Martínez Martínez, en la que nos pedía si conocíamos más información sobre la batalla del Albujuón en la Guerra de Sucesión española. En dicha contestación pudimos aportarle fotocopia de la Gaceta de Murcia del día 23 de septiembre de 1706, en la que se describía la citada batalla alrededor de la Torre del Albujuón, tristemente derribada, ya que, independientemente del hecho que comentamos, dicha torre fue un punto neurálgico de las comunicaciones entre Cartagena y Murcia, puesto que dichas comunicaciones se realizaban a través del castillo de la Concepción, la torre del Albujuón, el castillo de la Asomada (Puerto de la Cadena) y la Torre de Santa Catalina, en Murcia.

Aprovechamos la ocasión para felicitar al escultor cartagenero Pedro José García Andreo por su acierto y originalidad en la realización de este monumento, que tiene como motivo los mosquetones con las bayonetas caladas que usaron los contendientes. Además de esta obra, ha realizado esculturas para las siguientes instituciones:

- Sede de Onda Cero en Madrid
- Instituto Politécnico de Cartagena
- Polígono Industrial de Cartagena
- Colegio Maristas de Cartagena
- Fundación Tienda Asilo de San Pedro
- Sede de Proclade en Uruguay
- Sede de la ONG Nuevos Caminos en Kenia
- Homenaje al Voluntariado. Cartagena
- Homenaje a los Donantes de Sangre. Cartagena
- Colegio Público Luis Calandre. Cartagena
- Homenaje al Cartero Rural en el ámbito nacional.

Antonio González Velázquez
CINES Y TEATROS DE CARTAGENA

Su historia

Alfonso Santos García Fernández

Con la lectura de este libro nos acercamos al mundo del cine y el teatro desde una triple vertiente, ya que por un lado recoge la historia de los edificios, por otro detalla sus actividades cinematográficas y teatrales, y por último, incluye a las gentes relacionadas con este mundo en nuestra ciudad: empresarios, empleados, cineastas, artistas... Todo ello salpicado de curiosidades y anécdotas, escritas desde el amor y el respeto al cine.
PRÓXIMO NÚMERO
CARTAGENA HISTÓRICA · NÚMERO 12 · JULIO-SEPTIEMBRE 2005

OPERACIÓN BLACKTHORN: EL PLAN BRITÁNICO ANTE LA PROBABLE INVASIÓN DE ESPAÑA POR EL III REICH (1941)
Ángel Márquez Delgado

UN ARMA MORTÍFERA SOBRE EL CIELO DE CARTAGENA (1938-1939): LOS AVIONES 8.º STORMO DE LA ITALIA DE MUSSOLINI
Miguel Puchol Franco

EL "TÍO LOBO": FIEBRE MINERA Y ENRIQUECIMIENTO RÁPIDO EN LA ESPAÑA DE FINALES DEL SIGLO XIX
Augusto Prego de Lis

UN CASO DE ESPIONAJE INGLÉS EN LA CARTAGENA DE CARLOS III
José María Rubio Paredes

LA ESCENA TEATRAL EN CARTAGENA EN 1926
José Luis Abraham

EL VERANEO DE NUESTROS ABUELOS
José Sánchez Conesa

EL TAIBILLA: ¡POR FIN AGUA POTABLE PARA CARTAGENA!
Antonio González Velázquez

CUADERNOS MONOGRAFÍCOS DE CARTAGENA HISTÓRICA
N.º 18: El naufragio del Sirio (Il tragico naufragio della nave Sirio) Luis Miguel Pérez Adán
N.º 19: El bienio progresa en Cartagena (1856-1856) Miguel Ángel Rios Sanmartín

24 Cartagena histórica
CRÓNICA DE UNA DECEPCIÓN

“Debería haberlo pensando antes, quizás de esa forma no engañaría a nadie y sería mucho más honesto. Entiendo que el error fundamental consiste en creer que la Iglesia puede ser gestionada como una gran empresa. A menudo se olvida el fin de todo esto, la misión para lo que fue creada. No para domenar voluntades, ni para dirigir el pensamiento y los sentimientos de los seres humanos.”

“—¿Qué profesión es esa de cura? ¿Qué sabe hacer un cura? —le preguntaba y proseguía diciendo— ¿Acaso arregla muebles? ¿Repara coches? ¿Sabe arrancar de las entrañas de la tierra las fuentes de energía que mueven al mundo, como he hecho yo?”
En la serie de novela histórica Una Saga Marinera Española, Luis Delgado narra la historia de nuestra Armada desde la segunda mitad del siglo XVIII, momento de máximo esplendor en su poder naval, hasta la Guerra Civil de 1936-39. El autor se impone como premisa ineludible el rigor histórico. De esta forma, los lectores podrán comprobar los momentos más importantes de la Historia Naval de España, a la vez que disfrutan, enganchados con la lectura de los acontecimientos novelescos que el autor incorpora a las tramas.

8 El navío Santísima Trinidad
El combate de San Vicente

El combate de San Vicente fue una de las jornadas más ignominiosas de la Armada española, Luis Delgado en un alarde de rigor histórico se atreve a contar la verdad. Una verdad que no justifica que una escuadra británica, teóricamente inferior a la española, consiguiera la victoria.

El brigadier Leñanza en una espléndida aventura marítima cerca de Cartagena conoce a Horacio Nelson, poco después es nombrado comandante del mayor navío que surcaba los mares, el Santísima Trinidad, con el que combatirá en San Vicente, consiguiendo sacarlo de las garras inglesas y ponerlo a salvo en Cádiz.

1 La galera Santa Bárbara
2 La cañonera 23
3 La flotante San Cristóbal
4 El jabeque Murciano
5 La fragata Princesa
6 La fragata Sirena
7 El navío Triunfante

La vida a bordo de los buques españoles en los siglos XVIII-XX

La primera colección de novela histórica naval española